

## *Fragilidad ética en el fin de siglo/ milenio*

*AL finalizar una etapa, la conciencia del paso del tiempo nos lleva a recordar lo vivido y realizar balance. El fin del siglo XX y del II milenio, que la conciencia temporal nos presenta cada vez más próximo, hace más acuciantes las preguntas y más urgente la necesidad de reflexión para hallar respuestas.*

*Las generaciones finiseculares se han caracterizado siempre por este repensar el presente y el futuro, especialmente en la búsqueda de una regeneración moral. Parece que a un siglo nuevo debe corresponder un **ethos** igualmente nuevo.*

*Hay circunstancias que verosímilmente están gastadas para el hombre que desea entrar en el tiempo nuevo con un bagaje adecuado. Estamos expuestos, con peligro de sucumbir, a los dictados de la conciencia colectiva, del pesimismo individualista o del escepticismo estéril. Sin embargo, por medio de la reflexión, podemos y por tanto debemos intentar superar estos peligros.*

**¿Por qué fragilidad ética?**

*HABLAMOS de fragilidad en dos sentidos complementarios. El primero es frecuente en los*

finales de siglo. Se cree que la moral del pasado resulta ya ineficaz para afrontar el futuro. Y de ahí esa cierta «fragilidad ética». Esto explica muchos comportamientos frecuentes en los finales de siglo, desde las herejías medievales hasta la declaración desesperanzada del **fin de la Historia** proclamada por Fukuyama.

Un segundo sentido de fragilidad viene determinado por la diversidad de perspectivas éticas posibles.

Universalidad de valores frente a relativismo de una ética subjetiva, moral heterónoma frente a moral autónoma.

Además ideologías, religiones y el espíritu del tiempo **-Zeitgeist-** finisecular condicionan principios, planteamientos y soluciones morales diversas. Pero más allá de estas diferencias, que están presentes en el discurso ético, la ética se constituye en plataforma reflexiva sobre el arte de vivir y sobre los valores. Es este segundo sentido, el de debilidad del pensamiento ético y de la conciencia moral, el que se incluye en el marco del llamado **pensamiento débil** de la posmodernidad. Es lo que conduce a la pérdida de valores, al **laissez faire**, a un insensato desprecio de la vida.

### Somos lo que hacemos

**ASÍ** se expresaba Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*. Si analizamos lo que hacemos, descubriremos un **ethos** muy débil y muy frágil.

Es frágil nuestra defensa de la vida, cuando aceptamos que el 20 por 100 de los habitantes de la tierra cuente con un 80 por 100 de los recursos de la naturaleza. Es frágil cuando, en aras de un indefinido progresismo, se defienden sutiles formas de exterminio del otro, como el aborto o la eutanasia. Es frágil cuando se practica o se comprende sin dificultad la pena de muerte.

Es frágil cuando permitimos la muerte por hambre de miles de pobres del último mundo. Nos horroriza el

*espectáculo de niños sudaneses al borde de la muerte por inanición, pero los gobiernos del mundo civilizado siguen haciendo regateos hipócritas para no asumir el compromiso del 0,7 y se resisten a condonar la deuda de países empobrecidos por el peso de esta pesada hipoteca hacia el futuro. Es frágil nuestra desmemoria proverbial cuando no recuerda que en muchas de las guerras o desesperada pobreza de África se puede rastrear el germen de pasados colonialismos. Es especialmente débil nuestra percepción de la realidad del «sin casa», del que no tiene trabajo y se desespera. Viviane Forrester habla de «esa masa sobrante de desocupados que podrían constituir nuestras sociedades futuras si se siguen desarrollando los sistemas actuales». Los valores de justicia y bondad parecen ser sólo viejos principios.*

*La intransigencia y el fanatismo ganan cada día más adeptos, como ocurrió hace mil años y entre talibanes embarcados en una política de exterminio de sus propias madres, hijas y esposas. Hay iluminados espirituales de sectas apocalípticas o nacionalistas que buscan la anulación de quien piensa de otro modo. No hay peor injusticia que la del que tiene armas, y sin justicia y prudencia algunos hombres se hacen los más feroces de los animales (Aristóteles, **Política**). Tenemos la sensación de que no hay límites morales y que el hombre se ha convertido en un lobo para el hombre. El desconcierto moral genera también miedo al futuro cuando intuimos los nuevos experimentos genéticos que pueden estar haciéndose en silencio. Y nos horroriza saber que un extravagante millonario es capaz de invertir millones de dólares para conseguir un clon de su perrito de compañía.*

**Parecer en lugar de ser: la decadencia del logos**

**NOS** queda ya muy lejos la identificación de la virtud con la felicidad. ¿Quién

*piensa que el virtuoso es feliz? Todo es desmesura, hybris. La racionalidad, el logos, sucumbe en situaciones como la de los escándalos mediáticos en los que se puede ir a la caza de brujas del estadista, del presidente de la mayor nación del mundo, con una intromisión en su vida privada tan escandalosa como esos fallos morales que se difunden. El derecho a la privacidad de unos y otros es hollado sin límite ético y se hace desde la supuesta atalaya de la defensa de la moralidad pública. El poder de los medios define la existencia o inexistencia de personas y realidades. La apelación a los sentidos y, el culto a la imagen impiden el ejercicio de la racionalidad. Más fragilidad ética porque es frágil el pensamiento que la sustenta.*

*Hay estadistas que proclaman la necesidad de luchar contra el narcotráfico y, al mismo tiempo, reciben los donativos especiales de los narcotraficantes. Más que nunca lo grave no es ser ladrón sino que te descubran.*

*Desconfiamos de sus palabras y, de paso, de su representatividad, del sistema democrático en que se basa y que tantos esfuerzos ha supuesto para la Humanidad. La **verdad** sólo parece tener **realidad virtual**: el **ser** ha dejado paso al **parecer**.*

### **Alforjas para un tiempo nuevo**

**EN** los últimos cien años produce vértigo la aceleración de la historia. Ideologías que se instalaron y desarrollaron, cometiendo excesos, provocando muertes y creando utopías apasionadas son ya hoy vestigios del pasado. Gracias a la ciencia y a la tecnología, el hombre actual siente que todo —naturaleza, vida o muerte— son manipulables. Se puede prescindir de todo lo **trascendente**. Dios ha dado paso a los dioses más diversos. Es cierto, y lo reconocemos llenos de esperanza, que el desarrollo científico ha supuesto grandes avances

que han permitido prolongar la vida y evitar sufrimientos inútiles. Al milenio que viene le corresponde reconocer la dimensión sagrada de la vida, precisamente a través de estas aportaciones. En las alforjas para el siglo XXI no debería faltar una cierta dosis de humildad, de conocimiento propio y de trascendencia agradecida.

**EL** siglo XX ha sido de contrastes. Nos ha legado aspectos tan positivos como la revolución femenina, la conciencia ecológica, principios de consenso ético esencial como la Declaración de los Derechos Humanos, nuevos movimientos sociales en torno a la solidaridad que han dado lugar a la organización activa de las ONGs. Pero también, y con toda crudeza, nos ha manifestado la maldad, la crueldad, la segregación, la muerte. En este «debe» hay que apuntar dos grandes guerras mundiales y una guerra fría que justificó asesinatos, revoluciones provocadas, injerencias. Tal vez en las alforjas de un nuevo milenio tendrá lugar preferente un ideal activo de renovación ética, similar al de los comienzos del segundo milenio, que llegó a dominar, en palabras de Morghen, todas las expresiones de la vida del siglo XI. Quizá nos muevan también las profundas exigencias de renovación moral que justificaron, entre otras, las reformas monásticas y las **treguas de Dios...** Crece hoy y se extiende la conciencia del derecho a la paz, a la tolerancia, a la preservación del medio ambiente...

El legado de estos mil años tiene que materializarse en propuestas y frutos concretos: necesitamos una verdadera cultura ética de la paz. Hay que abrir una «tercera vía económica» que supere los excesos del liberalismo salvaje y redefine el papel del trabajo y los bienes materiales en relación con la dignidad humana. Frente a la intolerancia y al fanatismo, el diálogo fluido entre

*religiones y la búsqueda de una ética universal, válida para todos, que devuelva su auténtica dimensión moral a valores como la fraternidad, la solidaridad, la justicia, la verdad. En definitiva, una ética del ser y no del parecer. Hay que encontrar el camino hacia una ética, robusta y magnánima, en la que el hombre redescubra los valores dormidos «bajo la capa inmensa de imbecilidad», que decía Voltaire, de ese magma incoherente de nuestra realidad.*